



Más valiente que Napoleón

Mónica Rodríguez. Il. Anna Aparicio Catalá

El Barco de vapor. Ed SM

LA CAÍDA, 1876

Nadie podía sospechar que, bajo ese aspecto pesado y sudoroso, el señor Laurentius W. A. hubiese sido un equilibrista, un funámbulo. Un caminador del aire. Y, sin embargo, ese y no otro había sido su oficio durante años.

Cierto es que llevaba mucho tiempo, demasiado, sin subirse a una cuerda floja y que su barriga había crecido, sus músculos se habían aflojado y su ropa y utensilios de volatinero habían sido relegados a un rincón oscuro de la casa. Pero Laurentius W. A. seguía soñando que cruzaba precipicios de un lado a otro del alambre. Que atravesaba el aire sobre la cuerda, con la pértiga entre las manos, a cientos de metros de altura.

Sobre la ciudad de Nueva York.

Sobre el río Nevá, allá en San Petersburgo.

Sobre el puerto de Saint Aubin, en la isla de Jersey.

Sobre las cataratas del... Y aquí, el señor Laurentius W. A. sentía un escalofrío, una desazón tan grande que se levantaba como un resorte. Sudaba y su corazón era un martillo loco. Así pues, el señor Laurentius W. A. trataba de olvidar, fuera como fuera, aquel viejo oficio y el estruendo del agua de las cataratas del Niágara. No, no pronunciemos ese nombre, «Niágara», si no queremos ver empalidecer al señor W. A.



-¡Tío Lau, tío Lau, mira qué hago!

Los gritos de la pequeña Nicoletta volvieron a acelerar el corazón del pobre Laurentius. Arrastrando las zapatillas, como para asegurarse de que estaba bien amarrado al suelo, y aún en camisón y con gorro de dormir, se asomó a la ventana.

-¡Diablo de niña! ¿Pero qué haces? ¿Quieres bajarte de ahí ahora mismo? ¿Quieres matarme de un disgusto? ¡Cuántas veces te he dicho que no te cuelgues boca abajo de Barnaby James! ¿Me has oído? ¿Me has oído, pequeña desobediente?

Nicoletta no sabía por qué a aquel árbol su tío lo llamaba Barnaby James. Pero así se refería siempre a aquel viejo olmo, que tenía una talla de quitar el aliento, alto y ancho como un gigante de circo. Nicoletta se columpiaba cabeza abajo de una de sus ramas, riéndose. Estaba completamente colorada y su pelo, rojo y rizado, se disparaba hacia abajo, revuelto.

-¡Pero si es muy divertido, tío Lau! Podría descolgarme y saltar de una rama a otra como un mono.

-¡Si te crees un mono, te encerraré en una jaula!

No cabía duda de que aquella sobrina suya había heredado la audacia y la habilidad de los antepasados equilibristas, de los que Laurentius guardaba absoluto silencio.

Aquella vida ambulante, caminando sobre cables y sogas, se había acabado hacía mucho. Y era mejor así. Esa pobre sobrina suya, huérfana desde bien pequeña, debía crecer con los pies amarrados al suelo lo mismo que raíces.

Pero tío Lau se olvidaba de que también existen raíces aéreas.

Respirando fuerte a causa de su abultada barriga y sin dejar de sudar, el hombre bajó los escalones hasta el jardín.

Nicoletta lo vio llegar del revés. Su tío, en camisón, boca abajo, con su bigote de morsa y sus pantuflas, se acercaba y se alejaba a cada balanceo. También del revés vio aquellas peculiares siluetas que se acercaban por el camino. De la sorpresa, se precipitó de cabeza.

-¡Aaah!



Caía muy rápido, atraída por la inevitable gravedad, enemiga de acróbatas, funámbulos, trapevistas, gatos y niñas temerarias. Sin embargo, a Nicoletta le dio tiempo a pensar muchas cosas.

¿Quiénes serían esas extrañas personas que se acercaban?

¿La castigaría el tío Lau por columpiarse en Barnaby James?

¿Sería la tierra más dura que su cabeza, que era dura como una roca (o eso le decía su tío cientos de veces al día)?

¿Tenían otros árboles del jardín nombres como Barnaby James o Pin What, aquella palmera sin hojas, crecida junto a la verja y que a tío Lau le gustaba tanto nombrar?

¿Cuánto sería 114 por 8?

Pero, sobre todo, ¿por qué no llegaba al suelo de una vez por todas?

Desconcertada, se rascó la cabeza buscando una explicación. Se cruzó de brazos, los descruzó, se sujetó el mentón tratando de reflexionar y hasta se incorporó un poco, quedando sentada en el aire. ¿O no era el aire?

-¿Quieres bajarte de mi espalda de una vez, pequeña bribona? -gruñó Laurentius W. A.

Nicoletta se rio. ¡Había caído sobre los hombros de su querido tío!

-Claro que sí, tío Lau, aunque debo confesarte que no se está nada mal aquí arriba.

-¡Nicoletta!